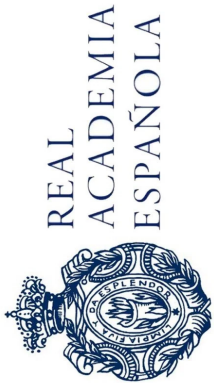




MANUAL DE CUAJO

Cómo ser un hombre blanco
cis-hetero mediocre

Señoras hasta el coño



Cuajo

Del lat. Coagulum

1. m. Fermento de la mucosa del estómago de los mamíferos en el período de lactancia, que coagula la caseína de la leche.
2. m. Efecto de cuajar².
3. m. Sustancia con que se cuaja un líquido.
4. m. cuajar¹.
5. m. coloq. Calma, pachorra.



Cuajo

Del glosario de Señoras. cojonazos

Del glosario de Señoras. cojonazos

1. m. Tener unos huevazos que arrastras por el suelo haciendo surcos en los que siembras tus éxitos.
2. m. Efecto no hacer tu trabajo y aún así ser un winner.
3. m. Ser un mediocre con un ego propio construido a base de absorber el ajeno.





Para dejar las cosas claras

Ni somos unas personas excelentes ni somos las mejores en lo nuestro. Esto es así. Pero por la falta de oportunidades, por el recelo y mayor atención que tienen nuestras acciones en el mercado laboral no nos queda más remedio que tratar de disimularlo, trabajar duro y dedicar más horas, más esfuerzo y más autocritica y aspirar a la excelencia, para así acercarnos mínimamente a las condiciones que ocupa un señor mediocre. Dicho eso, arrancamos:

Señoros que se pavonean mientras que actúan como las gallinas. Al igual que ellas, ponen sus huevos en un despacho y hasta que no les sale de la polla no se jubilan; recibiendo, en ese momento, el aplauso de sus congéneres por el esfuerzo de toda una vida dedicado a incubar su imagen de éxito desde el rascarse los huevos. La comparación sabemos es injusta, y lo sentimos por las gallinas, porque ellas al menos hacen el huevo, mientras que los señoros no alcanzan ni a eso (los huevos les viene de serie); siendo su mayor logro el rodearse de señoras con más talento y capacidad, que bajo el síndrome del impostor, trabajan y le sostienen, porque, vomitiva paradoja, el único farsante es él.

Así que sí, Manolo, esto va por tí y por el cuajo que demuestras día a día en la oficina. Y sí, lo escribimos desde la rabia y el enfado. Y como te atrevas a decir que “nos tenemos que relajar” o “mujer, no hay que ponerse así” te juramos que nos levantamos y golpeamos con tu raqueta de padel hasta que

tus huevos sean tortilla. Y por supuesto que es una amenaza, no queremos caer en estúpidas confusiones.

Pero también lo escribimos desde el deseo de alcanzar la igualdad. Porque, somos así, no nos resignamos. Nosotras también queremos ser mediocres.

Por eso, este texto os quiere invitar, Señoras, a que aprendamos de los más mediocres. Y ahí hay múltiples opciones, así que cada cual elija entre los ejemplos cercanos que tenga. Ese amigo que no para de fardar de nada en particular, el compañero de trabajo que ha mandado por tercera vez el mismo informe cambiando sólo los encabezados de los apartados, o ese otro señor que recostado en su sofá está haciendo una videollamada con treinta personas más... hay muchos, están cerca y son grandes en cuajo aunque no lo sepan.

Sabemos que esto de adquirir cuajo no es fácil. Hay que deconstruirse. Perder todas las inseguridades y ganar esa confianza tóxica. Reducir nuestro nivel de exigencia, ajustar nuestro perfeccionamiento a la realidad del mercado que nos paga. Pero no queda de otra, es hora de aprender a tener cuajo.

Gakian.
Estirando el Chicle 3x14 min. 23:18
<https://youtu.be/EFFZ7r3PxvI>

“Estoy harta de luchar. Tengo que ser la más divertida, la más inteligente... ¡No! ¡No! Soy una mierda. Quiero que lo asumamos todos. Hay muchos hombres mediocres en la industria y yo quiero ser mediocre también. No todo tiene que ser un acto político o super reivindicativo. No. Yo sólo quiero tener una vida digna, quiero pagar mi alquiler, sin tener que prostituirme a un nivel ideológico, lo cual es muy difícil”



El cuajo de los señores... ninguna señora lo desea

Crack, puto amo, figura, fenómeno... son alguno de los apelativos para nombrar a personas de dudoso talento, capacidad y/o profesionalidad, que sin embargo, desde el ego más absoluto y el discurso vacuo, pero eso sí, extenso en palabras y minutos de desarrollo en reconocidos foros y diversos focos, consiguen revestir cualquier gilipollez en un discurso de mérito.

Ellos, personas sencillas perfumadas en un halo de grandeza. Referentes de lo suyo, aunque lo suyo siempre es de otras. Capaces de expresar sin titubeo ni pudor los fracasos como logros, y disfrazar la mediocridad como excelencia.

Genialidad en estado puro. No por lo que dicen hacer, la profundidad de su reflexión, su posicionamiento ante cualquier tema relevante para la vida, o por la complejidad, relevancia o capacidad conmovedora de su obra.

No. Genios de la desfachatez y el descaro, enemigos de la vergüenza, alquimistas contemporáneos capaces de transformar cualquier mierda en oro, genuinos impostores, prestidigitadores profesionales capaces de crear cualquier ilusión antes de hacer su trabajo de verdad, pobres en pudor y ricos, muy ricos, en cuajo.



Tener un buen cuajo no es cosa menor,
dicho de otra forma: es cosa mayor

Nos gustaría responder categóricamente que sí. Pero lo cierto es que tener cuajo es un privilegio y ¡Oh sorpresa! en ese lado de la historia no estas tú.

Si eres hombre hetero cis blanco, el cuajo te es innato. Forma parte de ti, como el ombligo o el pene, salvando las diferencias anatómicas. El cuajo es un superpoder que se te concede por arte del divino patriarcado, que sin ser consciente -que para qué vas a tener tu conciencia de ello-, no paras de exhibir en todo momento y en cualquier lugar, sin pudor alguno, con orgullo.

¿El resto de personas podemos aspirar a tener cuajo?

Sí pero hay que modular la aspiración, porque a poco que te excedas serás tachada de poco profesional, mala compañera, histérica o similar.

Los puntos de cuajo se adquieren con el dinero o apellido familiar, de renombre, léase. Pero cuidado, no puede parecer que el dinero lo hayas ganado trabajando duro, la gente podría pensar mal y considerar que eres tan mediocre como ellos. Y el cuajo, como todo privilegio, se sostiene en el mito de la superioridad y la meritocracia. Se te paga mucho porque hagas lo que hagas, tu lo vales, canalla.



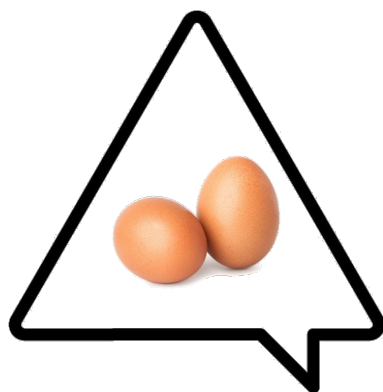
La alacena del cuajo

Ya es hora de superar esta mierda del síndrome de la impostora y reclamar nuestra mediocridad como un derecho que también nos corresponde.

Manolo, Diego, Fran, Miguel... Les has visto en acción y sabes perfectamente que apesta su forma de trabajar. Son unos ñapas profesionales de pitiminí. Ellos no tienen el síndrome del impostor, simplemente son estafadores profesionales. Expertos del marketing y del postureo. Capaces de decir de forma contundente, seria y firme las mayores memeces que has escuchado en tiempo. Personas nimias, que te sobran en cualquier reunión, pero a la que no puedes dejar de escuchar por una simple razón: no callan. Dedicán más tiempo a envolver la mierda que han hecho que expulsarla de su cuerpo. Y ese, amiga señora, es su secreto.

Se trata de entusiasmar con ganas y desgarbo al que va a ser o es tu cliente. Es el arte de decir, sin pudor alguno, lo que la otra persona quiera escuchar a sabiendas que lo que estás diciendo no tiene ningún sentido, o no es posible llevarlo a cabo, o no es verdad. Pero nada de esto importa, porque un profesional del cuajo vive el aquí y el ahora. Y las consecuencias son situaciones futuribles que no tienen hueco en su mente de winner. Si algo no sale será por alguna situación del contexto ajena a tus capacidades, y si eso no cuela, ponte de perfil, esquivas el problema y haz como si no existiera, si la política rajoyánica no funciona siempre habrá una señora muy hasta el coño pero con vergüenza que dará alguna propuesta.

Tal y como fuera, siempre el resultado de tu trabajo es fantástico y maravilloso y transformador, y diferente, y emocional, y sensible, e impactante, y espectacular y... (siga rellenando los puntos suspensivos con más sinónimos de la RAE). La puñetera verdad es que es bochornoso, y este es el único adjetivo real y definitorio del trabajo del mediocre, pero el pagador no podrá reconocerlo como tal y el señor cuajo, consciente de ello, se aprovecha y sigue poniendo éxitos en un curriculum vitae de proyectos rimbombantes que disfrazan propuestas vacías y prácticas laborales abusivas.



¡ALERTA CUAJO!

La cuajo señal. En toda reunión hay un momento que surge un momento de cuajo. Lo ves y te quieres subir por las paredes, nuestra propuesta, no trepes. Comparte la cuajo señal en tu grupo de señoras. No lo sufras sola.



El arte de figurar

Están ahí, a veces ni se mueven, a veces, se confunden con el fondo del zoom, otras, son un fondo de zoom... Un señor con cuajo no necesita prepararse ninguna reunión, sabe que con sólo estar es suficiente. Y eso se nota desde el primer momento. No importa los minutos de conversación en torno a un tema que requiere una decisión y en los que no ha participado en ningún momento, tal vez por estar ojeando el correo, tal vez por estar contestando mensajes de whatsapp, tal vez por estar comprando el vuelo para el lugar en dónde de verdad quiere estar. Nada de eso importa por un simple motivo, lo que vaya a aportar no se basa en los argumentos de otros, no se basa en el tema que se está tratando. El señor tiene un discurso, un tema, y una batería de argumentos propios y limitados. Un conjunto de axiomas generalistas pero ampliamente aceptados que hace que cualquier persona que le escuche asienta de forma enérgica provocando incluso alguna contusión cervical. o una ovación.

Tras exponer pausada y gravemente su punto de vista, el mismo, siempre, para todo, la conversación sólo podrá girar en torno a sus palabras mientras él, el señor, volverá a su quehaceres propios, como tocarse los huevos mientras lee El Marca.



El cuajo sin actitud no sirve de nada

Esto nos lleva a hablar de su actitud de líder de secta, de gurú de chichinabo, de ganador de camiseta imperial. Y es que el secreto de un gran cuajo reside en la actitud. Sí, nos repetimos, y que te hayas dado cuenta explica tan bien este punto que abordamos.

Un señor no le importa repetirse, no le importa lo que se esté hablando, los compromisos que haya adquirido, o quién se esté dirigiendo. Su actitud siempre es la misma, la superioridad. Da igual que esté frente a Santa Teresa de Calcuta o Fabiola Gianotti, su actitud es la de persona que sabe y tú no. El referente en lo que sea es él, y siempre lo será, porque su tema es todo, así que todo está relacionado con su tema, y si se repite mucho no es por falta de ideas, es por hacerte un favor, qué no te enteras.

Pensarás ¿Pero en algún momento alguien le parará los pies? ¿Qué ocurre cuándo se encuentra con otro señor? ¿No sé puede hacer algo? ¡Ayuda! Nada. No pasa nada. Su actitud es incuestionable, y el arte de tomar la palabra y dormir las conversaciones, sin dar huecos a la intervención de otras personas o lugar a la réplica o cuestionamiento es el gran arte del cuajo. Cualquier cuestión que le achagues a un señor será desoída,

deliberadamente omitida, pero también desde una gran elegancia y sutileza, con gran templanza y sin ninguna muestra de molestia o malestar. El cuajo es un privilegio, y la gente con privilegio no necesita enfadarse, sólo aplicar su posición, que es donde reside su fuerza. Pero el cuajo se cultiva desde cierta astucia que invita a huir del conflicto, retorciendo cualquier situación para hacer valer su opinión sin hacer mal a la otra parte. Para que le dejen vivir en paz no se mete con otros.

¿Y esto también con los otros señoros? Sí se observa bien, los señoros se reparten las parcelas de cuajo, cada cual toma su puesto, su tema, su lugar, y desde ahí se especializa en no hacer nada, pero ser referente de su mierda.

“Para seducir: Saluda a todo el mundo sin palabras, cómo si fueras un mimo. A veces llego a un garito, sólo, borracho, empastillado y digo a alguien que sólo existe en mi cabeza “Ahora te veo tío”, también para disimular mi soledad, me acerco a un chaval cualquiera y le abrazo, pero nada de mariconadas, con dos palmadas fuertes en la espalda, aunque en el fondo, es un momento de alivio y paz, joder, qué solo estoy. Luego me aparto, y me digo “no te vengas abajo eh? ¿Quién es un winner? Tú Álvaro, tú eres un puto winner”. Me tambaleo a la barra, todas las chicas que miran “Hoy estoy que me salgo, soy el puto amo”. No os sintáis patéticos, levantaros y saludar moviendo mucho el brazo, abrazaros, ahora lloremos todos juntos, somos sexys, somos guays, somos... snif snif”

Reinterpretación de las palabras asquerosas de un estafador, machista, y lamentable que se creé que la actitud es todo. Pues no.



Si el cuajo no te vale, hazte el vulnerable

Paco que te han pillado. Tus frases sin sentido, ambiguas, inciertas, a veces desconcertantes, no han colado. Esta vez has topado con alguien que tiene que mostrar resultados, es mucho más señorito y te tiene acojonado. ¡Mierda! Estás atrapado, no tienes nada, te van a cazar, te van a desenmascarar en tus atropellos verborréticos. ¿Acaba de preguntar algo concreto? ¡No! ¿Qué puedes hacer?!

A Paco, y a todo su cuajo, le ha pasado lo que le podría pasar a cualquier vende humos de tres al cuarto. Llega un momento dónde un señorito en la cuerda floja les pone las pilas. A los señores del mundo les tensa esta situación, pero no hay que alarmarse. Todo el tiempo que dedican a no hacer su trabajo lo emplean para preparar en estas situación. Y ¡Oh señorito! por supuesto, cuando llega el día, están preparados.

Cuentan para ello, con tres estrategias, cada cual más elaborada y concienzudamente preparada. ¿En serio? No, por supuesto, son señores.

1- Dar a entender que lo que estás contando son resultados. Marear y marear hasta que el interlocutor se dé por vecindo y deje de preguntar. El discurso puede a lo concreto, si lo sabes elaborar y ser muy pesado.

2- Decir que es pronto para saberlo, sin terminar de aclarar qué es lo que hay que saber, ni cuando dejará de ser pronto. Todo llegará a su debido tiempo, y el tiempo siempre se alía con estos señores para tener algo que

contar y que es justo lo que el señor de corbata y traje quiere escuchar. Por supuesto, ese algo es fruto de trabajo de otros, pero ese detalle pasara inadvertido, que tampoco hace falta que un señor lo cuente todo.

3- Si nada de lo anterior sirve. La suerte te ha sido esquiva, entonces: Fustígate. Fustígate como si no hubiera un mañana, apuñálate en directo, dejar ver tus entrañas, desnúdate (emocionalmente, no seas guarro), pon voz trémula, baja los párpados, reconoce tus límites, tus debilidades, muéstrate como un cachorrito desválido, un humilde mortal que hace lo que puede con sus exiguas capacidades, -¡Cruel naturaleza, que le diste privilegio y los cojonazos para hacer siempre lo que quiso, pero justo para lo que le toca hacer se siente un inválido falto de dones!-

En este caso, cuanto más te puedas rebajar mejor, arrástrate como una cucaracha, sé tan patético como tu imaginación te permit, humíllate hasta que la persona que vea el dantesco espectáculo se sienta tan mal e incomoda que no tenga más remedio que recogerte y decirte “No pasa nada”, “Si no está tan mal”, o alguna movida de ese tipo. Apela a la humanidad y empatía, así, lo laboral se diluye y todo pasa a un plano personal. Y ahí, un señor frente a otro señor, hablando de sus vulnerabilidades, sus fragilidades a cuajo descubierto, aunque obviando, esto es fundamental, que nada de lo que están compartiendo es mínimamente verdad, que simplemente son unos mangurrianes que no hacen lo que tienen que hacer, no por falta de cualidades, sino porque no les sale de los cojones. Su vulnerabilidad es el privilegio de “hago lo que quiero con tú dinero y si me pillas desprevenido lloriqueo”.



Señoras con papo.

Este manual, que ni es manual, ni es nada, lo vamos acabando no por falta de chascarrillos y de continuidad, más bien porque se nos está haciendo larggo. Tanto escribir sobre señoros, su cuajo y sus huevos morenos nos está dando una bajona y una pereza... En fin, que no estamos para estas cosas, y no nos sale del papo seguir dedicándole más líneas, que ya está bien. Quizá otro día retomamos, o no, según nos dé el aire.

Ahora bien, si el cuajo es el privilegio, nosotras queremos reivindicar el papo, que es lo mismo del cuajo pero sin abusar de nadie a cambio. Qué estamos hasta el coño, y que nosotras también queremos tocarnos el papo bien a gusto, hacer lo justo, y cobrar con dignidad ¡incluso!.

Así que salvo lo de cobrar, vamos a predicar con el ejemplo, y nos vamos ahora a tomar unos gintonics en el bar de la Pepa, que nos tiene la mesa camilla lista, y a echar una partida de brisca, que eso sí que nos da la vida.